

En el edificio había demasiados balcones, quince en total. Había también dos aparatos de aire acondicionado: uno recién instalado en el tercero y otro mucho más antiguo en el segundo que goteaba sobre la barandilla de Amelia. Las únicas plantas que sobrevivían eran una palmera seca, arriba en la azotea, y un par de cintas con las puntas negras en el primer piso empezando por la derecha. Ninguna de las seis vecinas se preocupaba demasiado por ellas, a pesar de que los tiestos fueran cosa de mujeres. A pesar también de que todas se asomaran de vez en cuando a su ventana que no era ventana, sino balcón, a veces por la mañana nada más levantarse, casi siempre por la noche antes de irse a dormir.

Amelia ni siquiera había tenido tiempo de avisar a Recursos Humanos para que cambiaran su dirección antigua por la nueva. En el encabezado de la carta de despido figuraba la anterior, la de la calle de Embajadores, y a ella le hubiera gustado enfadarse por ello, pero ya para qué.

Para qué darse prisa, también. El primer despido de su vida le había caído con veintinueve años y siete meses: ¿eso era pronto o tarde? Tendría que preguntárselo a Gonzalo. Pero eso era tarde. Cuando llegó al portal del número trece de la

cuesta de las Descargas (28005, Madrid, España) y sacó las llaves del mismo bolso de rafia en el que llevaba la carta, ya era pasada la medianoche.

Gonzalo seguía despierto a esas horas. No es que la estuviera esperando, aunque quizá sí. Ella en cualquier caso no le había dicho nada. Según abrió la puerta, vio a su derecha la luz encendida del despacho y a Gonzalo al fondo de aquella habitación estrecha y sin ventana. Allí de momento solo había un escritorio colocado contra la pared y una silla negra.

—Creí que ya ibas a enganchar con la verbena —oyó que decía él.

Amelia todavía llevaba el bolso al hombro y las llaves en la mano. La casa nueva lo era tanto que aún no había decidido dónde dejarlas cada vez que volvía del periódico. Se quedó quieta en el pasillo, mirando a Gonzalo. Él estaba de cuclillas, alumbrado por aquel flexo de pinza que no iluminaba lo suficiente, y tenía la cabeza enterrada en un par de cajas sin deshacer que habían dejado allí arrumbadas. Se dijeron que de forma provisional, pero de la mudanza habían pasado ya dos semanas y las cajas ahí seguían.

Gonzalo no se volvió para mirarla, de modo que Amelia murmuró un «hola» tan reticente que ni ella misma alcanzó a escucharlo, y después aprovechó para cruzar por delante del despacho y meterse en el dormitorio, al fondo del pasillo.

Notaba el peso de la carta dentro del bolso. Y en algún momento tendría que contárselo. En algún momento tendría también que preguntarle si eso de que te largaran a la calle a los veintinueve era pronto o era tarde, aunque él qué iba a saber de despidos. Ese martes Gonzalo se había pedido el día libre en el periódico, pero seguía en el mismo lugar donde ella le había dejado antes de salir para la redacción: metido en el despacho, haciendo a saber qué.

Ni siquiera se le había ocurrido abrir las ventanas para ventilar, ahora que ya era de noche. Y en la casa nueva hacía calor.

Lo mismo que en la anterior, lo mismo que en todo Madrid. Hacía tanto calor, y desde hacía tantos meses, pero ni por esas Gonzalo se acordaba de abrir los balcones. Uno en el dormitorio, otro en el salón. Eso eran dos más que en el piso de Embajadores y, al igual que le ocurría con las llaves, Amelia aún no había decidido qué hacer con toda aquella luz que ahora le entraba en casa.

En cuanto abrió el balcón, la brisa caliente le trajo un olor a bochorno y el rumor de la verbena. No le había quedado más remedio que atravesarla para llegar hasta casa. Eran fiestas y el barrio llevaba varios días lleno de barras en la calle y de música machacona en cada esquina, lleno también de gente ruidosa, y alegre, y sobre todo digna de tener un trabajo.

De gente como Gonzalo, pensó mientras salía al balcón y se asomaba a la calle. Seguía con el bolso colgado del hombro. Dentro, la carta de Recursos Humanos, el paquete de tabaco y el mechero. También un bolígrafo negro, otro azul de repuesto y su cuaderno de hojas cuadrículadas. Nada más. Su mesa, la de siempre en la redacción, había quedado despejada en cuestión de segundos.

El meollo de la verbena se oía tan solo dos calles más arriba, pero debajo de su balcón no había ni rastro de vida. La ventana del piso de al lado también estaba abierta y escupía un rectángulo de luz hacia la calle, oscura y tímida. Se inclinó un poco hacia fuera, agarrada a la barandilla de metal, pero lo único que alcanzó a escuchar fue un murmullo grave, como de alguien hablando para sí mismo o como de televisión con el volumen muy bajo, no sabría decir. En las dos semanas que llevaba viviendo allí, todavía no se había cruzado con ningún vecino en el portal.

La voz de Gonzalo le llegó otra vez desde el despacho: ¿Amelia? Y a continuación: que si has cenado ya. Y cómo iba a cenar, si la acababan de despedir. Amelia se había quedado sin hambre y enseguida se iba a quedar también sin dinero.

Pero Gonzalo no tenía que preocuparse porque ella podría seguir acompañándole a cenar por ahí fuera de vez en cuando. No pediría nada, eso sí, por no gastar. Se quedaría sentada en una esquinita y esperaría a que él terminara de comer; ojalá que no sea un inconveniente para ti.

—¿Qué? ¿Has dicho algo?

—Qué va — se oyó Amelia a sí misma —. Será algún vecino. Sería alguien en la calle. Y podías haber abierto la ventana, ¿no? Hace un calor de morirse.

Si seguía ahí asomada, pronto le iban a entrar ganas de fumar. Se suponía que lo había dejado dos semanas atrás, coincidiendo con la mudanza, pero aun así todavía llevaba el tabaco y el mechero en el bolso. Por si acaso.

Era también cuestión de tiempo que Gonzalo volviera a la carga con sus preguntas (por qué has llegado tan tarde / porque no quería volver; qué tal ha ido el día en la redacción / de puta pena; mañana a qué hora entras / mañana a ninguna y pasado lo mismo). Gonzalo siempre tenía un montón de preguntas que hacer, como les pasaba a los periodistas de verdad, y seguro que por eso a él no le habían despedido y a ella sí.

El único lugar en el que podía encerrarse sin levantar sospechas era el baño. Le vendría bien darse una ducha, con cuidado de no mojarse el pelo porque se lo había lavado esa misma mañana. Era importante también que evitara mirarse en el espejo para así no tener que enfrentarse a su nueva cara de parada.

Pero incluso con la puerta cerrada, la voz de Gonzalo atravesó el tabique del despacho y el de la cocina, y después rebotó contra los azulejos blancos del baño (Amelia, ¿estás bien?). Solo cuando abrió el grifo y se metió en la ducha, aquella pregunta quedó por fin sofocada debajo del chorro de agua.

La que seguía ahí, incrustada en el tímpano, era la voz de la pija de Recursos Humanos, porque Amelia, es que ya sabes, ¿verdad?

Pero Amelia no sabía nada, igual que Gonzalo, ella qué iba a saber.

Agarró otra vez el mando de la ducha y abrió el agua caliente al máximo. Se quedó allí un buen rato, inmóvil, sin echar mano de la esponja o del bote de jabón. Tan solo mirando cómo la piel de los brazos y del escote empezaba a enrojecerse.

Cuando volvió al despacho, Gonzalo aún tenía la cabeza enredada en las cajas.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Él tardó unos segundos en responder.

—Nada, mirar qué hay aquí. No me acordaba de esto. —Todavía de espaldas, alzó varias carpetas de plástico que parecían ser apuntes viejos de la universidad—. ¿Tú crees que merece la pena guardarlos?

Amelia no le respondió. Gonzalo estiró el cuello, estiró los brazos y la espalda, y después se volvió hacia ella. Llevaba las gafas de ver puestas y la luz baja del flexo hacía que la montura cuadrada pareciera gris en vez de negra.

—Estás cansada —dijo él al verle la cara.

Tenía la carta en la mano, pero Gonzalo aún no había reparado en ella. Pensó que sería mejor contárselo con sus propias palabras. El formalismo impersonal que algún becario de Recursos Humanos habría tecleado esa misma mañana, la dirección de esta empresa le comunica la extinción de la relación laboral que nos vincula por las causas previstas en el artículo 51.1 del Estatuto de los Trabajadores, era la peor forma de darle la noticia. Pero lo único que hizo fue alargarle el sobre, con la boca cerrada y la mirada esquiva.

Gonzalo se levantó, todo lo alto que era, y agarró la carta. Iba descalzo y se había puesto una de esas camisetas de baloncesto desgastadas de cuando era adolescente. No entendía cómo es que le seguían valiendo.

—¿Qué es esto? ¿Qué coño...? ¿Amelia?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién te lo dijo?

—Recursos Humanos. Me llamaron por la tarde y me dieron eso.

La conversación en aquel despacho de moqueta gris había durado diez minutos. No hubo mucho que decir, nada más allá de que ya sabes, Amelia, cómo está la situación. Porque ya sabía Amelia, mientras había esperado un par de minutos sentada a la puerta a que la hicieran pasar, que algo estaba a punto de suceder. No se le había ocurrido, sin embargo, ponerse en lo peor, quizá porque a nadie se le había ocurrido ponerla a ella sobre aviso. Ni siquiera su jefe, sobre todo él, pero qué otra cosa se podía esperar.

—¿Y Julio? ¿Qué te dijo Julio?

—Gonzalo, no... No sé, no he querido hablar con nadie. Estoy cansada.

—Pero Julio tenía que saber, es tu jefe. Y el comité, ¿no les has dicho?

—Gonzalo —le cortó Amelia.

Él volvió a leer la carta, varias veces. Era corta y era estándar. Parecía imposible que en esas cinco líneas hubiera mucho que desentrañar, pero Gonzalo la leía una y otra vez, como si pudiera borrar las palabras allí impresas solo con la pura voluntad de hacer desaparecer aquella hoja fechada y sellada y salpicada de referencias a un Estatuto de los Trabajadores que tan poco iba a hacer por ella.

Porque ya sabes, Amelia, que esto es insostenible, que el periódico ha entrado en pérdidas y que la plantilla está sobredimensionada. Ya sabía Amelia que se estaban renegociando sueldos a la baja, los de siempre, que se estaban manteniendo salarios en lo alto, los habituales. Ya había escuchado que había rumores de otro ERE, que los despidos habían comenzado a gotear en la planta de administración, que a los periodistas como

ella en teoría no se les iba a tocar. Ya no ignoraba, porque así se lo habían explicado sucintamente en aquel despacho de moqueta gris, que el suyo era el primero de una decena de despidos de redactores jóvenes y baratos a los que agradecían de corazón estos años de esfuerzo, pero tienes que entenderlo, Amelia.

—No te lo quería contar.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Qué ibas a pensar.

—Joder —resopló Gonzalo—, pues qué voy a pensar. Que son unos hijos de puta. ¿Qué voy a pensar?

—Van a echar a más gente. Han empezado conmigo, pero van a echar a otros nueve.

Amelia apoyó una mano sobre el respaldo de la silla, pero no hizo el amago de sentarse. A la boca le llegaron las palabras que había estado ahogando en la ducha.

—Algo han tenido que ver en mí. Algo les ha tenido que hacer creer que soy más prescindible que el resto.

El único consuelo que le habían ofrecido era la mínima indemnización posible, un finiquito exiguo por las vacaciones no disfrutadas que siempre le daba apuro pedir y la posibilidad de que alguien del periódico, no se especificó quién, le firmara una carta de recomendación si es que en algún momento llegaba a necesitarla.

—Lo que han visto es que no tienen ni puta idea de nada —dijo Gonzalo—. Habrán hecho una lista con los que lleváis menos tiempo con contrato y lo habrán echado a suertes. Como si esa gente pudiera decidir algo por sí mismos...

Amelia asintió. Había empezado a notar un dolor en la sien derecha y lo único que quería era que Gonzalo la mirara.

—Gonzalo.

Él murmuró algo y ella volvió a insistir:

—Gonzalo, ¿y ahora qué?

Debió de ser la pregunta o el tono de voz, pero Gonzalo por fin se dio cuenta. Dejó la carta sobre la mesa y la miró.

Tenía el rostro iluminado solo a medias, y a ella le entró la duda de si Gonzalo iba a tener algún problema con su nueva cara de parada. Estaba a punto de preguntárselo cuando él la rodeó con los brazos, justo a la altura de los hombros.

Se quedaron un rato allí en silencio, con la carta sobre la mesa y el par de cajas sin deshacer al fondo de la habitación. La mudanza le había parecido un horizonte de lo más luminoso un par de meses atrás, cuando empezaron a planearla. Pero en ese momento, en aquel agosto tan pesado, lo de buscarse un sitio con más luz y más metros, con un alquiler más caro porque ahora que los dos estamos fijos nos lo podemos permitir, se le revelaba como la peor de las ideas que habían tenido en los cinco años que llevaban juntos.

De pronto le pareció escuchar un par de timbrazos en el portal, a pesar de las horas. A continuación alguien que subía por las escaleras muy despacio. Y la voz de una mujer al otro lado del tabique, no entiendo qué plan tienes, solo te he dado facilidades, a Amelia le costó trabajo entender que quizá estuviera enfadada, tenías que haberte ido, mucho mejor si te hubieras ido, seguida de la voz de un hombre que respondía solo muy de vez en cuando, dudo que prefieras eso, honestamente lo dudo.

Levantó la cabeza y se separó unos centímetros de Gonzalo para poder mirarle a la cara. ¿Lo había escuchado él también?

—Tengo que contarte una cosa —dijo Gonzalo.

—¿Qué pasa?

Él deshizo el abrazo y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me van a subir de categoría. Esta mañana me ha llamado Elena para decírmelo.

Había un desajuste evidente entre aquellas palabras y la figura de Gonzalo, tiesa y erguida en mitad del despacho. Las voces del piso de al lado se habían callado.

—Pero eso es muy bueno, ¿no? —dijo ella.

Gonzalo movió la cabeza, pero Amelia no supo si negaba o si asentía.

—¿Gonzalo?

—¿Nos bajamos al parque un rato? Corre un poco más de aire en la calle.

—¿Ahora? Es tarde. Y está la verbena.

—Vamos, Amelia. Un rato nada más.

Se le quedó mirando unos segundos. No sabía qué decir, así que tan solo asintió, se calzó las zapatillas y le siguió fuera.

Al salir al rellano, se fijó en el apartamento de enfrente. La puerta del 1.º A estaba entreabierta unos centímetros, pero en el descansillo no se escuchaba ninguna voz. Gonzalo tampoco volvió a hablar hasta que estuvieron en el parque. Allí abajo, sentados en un banco, le contó lo que esa mañana le había dicho su redactora jefe. Que confiaba en él y que tenía mucha proyección. Que había propuesto al director que le subieran de categoría. Que para ello le pedían irse durante un tiempo a trabajar en la delegación que el periódico tenía en Washington.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Amelia.

—Poco. Tres meses, hasta mediados de noviembre. Necesitan un refuerzo para las elecciones; cuando pasen y la cosa se calme un poco, me vuelvo.

Gonzalo tendría que llevarse la maleta roja, la que se habían comprado entre los dos nada más empezar a salir. Aunque puede que la ropa para tres meses no le cupiera ahí, puede que además tuviera que llevarse la maleta negra, la que solo tenían para casos de emergencia —para el supuesto, por ejemplo, de que la roja se perdiera, de que se le rompiera una rueda o se le estropeara la cremallera—, pero que por suerte nunca habían tenido que utilizar. Estaba guardada en el mismo altillo del armario.

—¿Qué categoría te han dicho?

—B.

—Eso son...

—Ocho mil más al año.

No había nadie en el parquecito a aquellas horas, a pesar de la verbena. El sonido de la música sonaba a lo lejos, ya prácticamente deshecho, y, aunque era cierto que allí abajo soplaba algo de brisa, seguía sin ser suficiente.

Miró a Gonzalo, que ya la estaba mirando. Incluso sentados en el banco, Amelia tenía que inclinar el cuello en un ángulo incómodo para alcanzarle los ojos.

—Es una buena subida —dijo ella.

—Es una subida de la hostia.

Gonzalo no añadió nada más. Amelia supo que esperaba a que fuera ella quien dijera en voz alta lo evidente.

—Nos vendría muy bien, precisamente ahora.

Notó cómo una gota de sudor le caía por el abdomen e hizo el intento inútil de abanicarse con la mano, pero ni por esas. A su lado, Gonzalo se cruzó de brazos. Le vio colocar el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda, pero apenas se aguantó quieto. Enseguida descruzó las piernas y las estiró, todo lo largas que eran, hasta que tocaron un parche de césped reseco.

—Me jode pensar que lo hayan hecho coincidir a propósito. Para obligarme a aceptar.

—Obligarte —repitió ella, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ni que te tuvieran que obligar. Pero si es una oportunidad increíble.

Gonzalo volvió a callar.

—¿Entonces qué has dicho?

—Que me lo tengo que pensar.

—¿Hasta cuándo? —preguntó otra vez Amelia.

—Pronto. —Gonzalo se quitó las gafas y se las colgó del cuello de la camiseta—. Hay que hacer papeleo, tendría que estar allí cuanto antes. En dos o tres días tengo que decir algo.

El parquecito era de lo más escaso: apenas cuatro bancos, un par de farolas y aquella pareja de columpios amarillos con la pintura descascarillada. Estaba tan oscuro que si miraba

hacia la azotea de su edificio era incapaz de distinguir nada, ni siquiera las cuerdas de tender. Abajo solo había luz en uno de los balcones del 1.º A, pero las cortinas estaban cerradas.

—Escucha, Amelia. En caso de que diga que sí...

—Vas a decir que sí.

—Es lo más probable. Pero en ese caso... Te diría que te vinieras conmigo, pero no sé, para tres meses no merece la pena.

Otra gota de sudor le bajó por el abdomen, una más en la espalda. La brisa de unos minutos atrás se había esfumado, pero a Gonzalo no parecía afectarle el calor.

—¿No crees?

—No, claro, qué tontería. Son tres meses, para qué vamos a complicarnos tanto la vida. Además, yo voy a estar ocupada buscando curro aquí.

La luz solitaria del primer piso se apagó y el parque se quedó un poco más a oscuras.

—Tú vete tranquilo. A mí me dejas esperándote en el muelle, no hay problema con eso.

A su derecha, notó cómo Gonzalo se reía. Le habría decepcionado si se hubiera tomado el comentario en serio. Se volvió hacia él y le agarró una mano. Tenía el rostro relajado, pero le pareció ver un deje de culpabilidad en la forma en la que él había empezado a acariciarle la mano entrelazada, solo con el dedo índice.

Quizá se lo estaba inventando. Tal vez tenía miedo de ver en la cara de Gonzalo las mismas ganas de montarse en un avión que le había visto aquella vez, cuando le mandaron a Honduras para hacer un reportaje sobre la crisis migratoria en Centroamérica. Entonces se había ido solo para tres semanas. Pero claro. Aquello no se quedó ahí. Aquello trajo cola.

La luz amarillenta de las farolas se había enganchado en el perfil metálico de los balcones del primer piso. En el segundo y en el tercero, las persianas estaban bajadas.

Gonzalo dejó de acariciarle la mano y le rodeó la muñeca con los dedos.

— Esto es distinto que la otra vez. Ahora estamos en un lugar muy diferente. Lo sabes, ¿verdad?

Amelia asintió, solo que en esta ocasión no dijo nada. Alzó el brazo para apoyar la palma de su mano sobre la nuca de Gonzalo, pero el cuello de él se elevaba demasiado, al igual que sus ojos cada vez que quería mirarle, y ella se cansó rápido de sostener el brazo en lo alto.